

# De cuando Don Quijote recorrió los caminos del Brasil

## Raúl Cortés

Dramaturgo y director de Trasto teatro

EN LA REGIÓN CENTRO-NORTE DE BRASIL se ubica Goiás, estado al que pertenece la pequeña localidad Formoso das Trombas que, a mediados del siglo pasado, poseía una gran cantidad de tierras deshabitadas. Y como el país era próspero en campesinos sin tierras, algunos le arrendaron al Formoso el remedio a su miseria. Uno de ellos fue José Porfirio, pero hubo más, muchos más: llegaban, comprobaban ante las autoridades locales que pedazo no tenía dueño, se instalaban en él, comenzaban a trabajarlo y, así, adquirían el derecho sobre el mismo. La tierra, para el que la trabajaba. Y la trabajaban muchos, entre ellos José Porfirio, no olviden su nombre...

Pero la alegría dura poco en la casa del pobre y el progreso llegó, con sus promesas, a alterarlo todo: la construcción de una autovía de integración norte-sur de Brasil, que pasaría por el Formoso, revalorizó las tierras. Así que, ávidos como buitres en festín, en la zona afloraron los grileiros, que así define el portugués a los ladrones de tierra; esto es, especuladores que, generalmente de forma fraudulenta, obtienen títulos de propiedad y disponen la expulsión de los ocupantes anteriores para vender las tierras a un alto precio: el viejo y pingüe negocio.

Y como cada uno, campesinos y grileiros, se comportó según dicta la historia y su propia condición, la tensión se disparó. Y en 1950 estalló lo que hoy se conoce como la «Revolución de Trombas y Formoso»: hombres y mujeres del

campo, armados con azadas y escopetas de caza, defendiendo lo que era suyo, la tierra que faenaban, el pan de su casa. La resistencia, que fundó la Asociación de Trabajadores y Labradores Agrícolas de Formoso, fue cerrada. Y, entre todos y todas, se destacó el ardor de un hombre: José Porfirio, que se erigiría, a la sazón, como líder de los rebeldes. Finalmente, después de siete años de feroces enfrentamientos, grileiros y jueces tuvieron que resignarse, y aquella revuelta fue una de las pocas luchas que ganaron los campesinos en el Brasil republicano.

Si bien, con el cese de la lucha armada no acaba esta historia. José Porfirio continuó su defensa de la tierra hasta convertirse en el primer diputado campesino de la historia política de Brasil. Y fue tan decidido e infatigable su trabajo por una reforma agraria que todo, a su alrededor, fue adquiriendo los contornos aureolados de la leyenda. Y el Formoso, en una especie de limbo histórico, desarrolló en esos años una organización social inédita: hombres y mujeres que, alrededor de la tierra, vivían bajo los principios de la solidaridad y el bien común, en una suerte de comunismo libertario...

Hasta que el 1 de abril de 1964 las alambradas cercaron el horizonte. El ejército derrocó al presidente del gobierno, Joao Goulart, y proclamó una dictadura militar implacable. Ocho días después del golpe se dictó una orden de busca y captura contra José Porfirio que, para entonces, seguía siendo diputado. El arrojado

campesino huyó durante ocho largos y pesados años, hasta que lo detuvieron en 1972. Fue recluido en una prisión de Brasilia por un año y, el 8 de junio de 1973, sorprendentemente la dictadura le concedió la libertad. Ese mismo día, al poco de abandonar la cárcel, cuando intentaba volver a casa, Porfirio «desapareció». Nunca más se supo de él, hasta hoy. En el Formoso, sus compañeros no correrían mejor suerte. Muchos de aquellos campesinos que formaron parte de la revuelta, fueron perseguidos y torturados. Algunos de ellos, aún siguen vivos...Y el miedo se apoderó de casi todos, hasta el punto de que, aún hoy, muchos temen hablar de la revuelta. Quizá eso explique el escaso material bibliográfico sobre la misma.

Precisamente en un intento de frenar la hemorragia del silencio y el olvido, la historiadora Janaína Amado decidió revelar los detalles de la Revuelta del Formoso. Pero cuando ha habido sufrimiento, la piel se endurece y, si quedan temores, aún más. Sin duda, esa fue la razón para que algunos de los protagonistas de aquel pasaje, al ser entrevistados por la investigadora, prefiriesen el anonimato. Uno de esos campesinos se enmascaró bajo el pseudónimo de Fernandes, solo así encontró el valor suficiente para hablar: Fernandes... Y su relato fue un fantástico y quijotesco derroche de exuberancia que superó, sobradamente, los límites del acontecimiento histórico.

Cuenta Janaína que Fernandes, liberado, llegó con muchas ganas de hablar. Fueron tres sesiones, dieciséis horas de vivencias minuciosas: nombres, fechas, lugares, canciones... anécdotas y detalles concretos solo al alcance de una memoria prodigiosa. Una charla fresca, fluida, intensa, profunda... el sueño de todo investigador. Sin embargo, ese acaudalado torrente de datos se enlodó pronto. A pesar de que todo lo que contó Fernandes tenía un aire verídico, familiar, como de verdad mantenida en el tiempo, casi ninguna de sus sustanciosas revelaciones fue confirmada por otros testimonios. La

## **«Pero la alegría dura poco en la casa del pobre y el progreso llegó, con sus promesas, a alterarlo todo: la construcción de una autovía de integración norte-sur de Brasil, que pasaría por el Formoso, revalorizó las tierras.»**

historiadora se sintió engañada y, resentida con aquel que había ofrecido tan apabullante y falsa exactitud en su relato, condenó el material al cajón de las frustraciones. Corría el año 1979...

Mas sucede que, a veces, los fantasmas no envejecen con el tiempo. Y Fernandes seguía allí. ¿Por qué quiso engañarla? Y, sobre todo, ¿por qué aquella narración, incluso siendo mentira, seguía resonando con la fuerza de esas historias que se transmiten de generación en generación? Decidida, Janaína rescató las declaraciones, las estudió de nuevo, se olvidó del referente histórico, escuchó de otra forma a Fernandes sin juzgar su memoria a partir de la fidelidad para con los hechos, echó abajo los rigurosos tabiques de lo real y, más humilde, le abrió las puertas a la invención, el delirio y la poesía. Solo entonces se percató de que el relato que barajó Fernandes sobre la revuelta del Formoso, en la que él mismo participó, era ingeniosamente la recreación de... Don Quijote de la Mancha, de Cervantes.

Fernandes describió a Porfirio, aquel aciago campesino que encabezó el levantamiento del Formoso, como hombre vehemente y soñador, cuyo idealismo rozaba la locura. Lo retrató siempre sobre su caballo, también llamado Rocinante, inseparablemente acompañado por José Ribeiro, hombre manso y terrenal, sin el que Porfirio era «azada sin cabo<sup>1</sup>.» Y, sin embargo, Porfirio nunca tuvo caballo y

1 Amado, J. O *Cervantes de Goiás*. Nossa História. Ano 1, nr.2, dez/2003.

**«Finalmente, después de siete años de feroces enfrentamientos, grileiros y jueces tuvieron que resignarse, y aquella revuelta fue una de las pocas luchas que ganaron los campesinos en el Brasil republicano.»**

Ribeiro, hombre destacado en la lucha de los labradores, nunca fue ni fiel escudero ni mano derecha de Porfirio.

Fernandes, a lo largo de la entrevista, introducía sus exposiciones con largos, pomposos y solemnes avisos: «Voy a contaros las muchas aventuras de Zé Porfirio y su compañero Zé Ribeiro, en la sierra de San Patricio, donde enfrentaron un enemigo desconocido y malvado<sup>2</sup>.» Imposible no evocar la forma en la que Cervantes titulaba cada capítulo de *El Quijote*. O aquella otra anécdota en la que el entrevistado tomó los versos del Epitafio de Dulcinea y, cambiando solo una palabra, afirmó ser una arenga compuesta por la Asociación de Trabajadores y Labradores Agrícolas del Formoso: «Descansa aquí la policía (Dulcinea) / Que, siendo gorda y rosada / en ceniza y polvo fue mudada / por la muerte, horrenda y fea<sup>3</sup>.» Y, así, una variedad de ejemplos en los que el fabulador dejó constancia de que su amor por *El Quijote* era tal, que no estaba dispuesto a pagar ninguna deuda con la realidad. Fernandes, como un Cervantes brasileiro, provocó un fecundo cruce entre la realidad y la literatura, obrando así el milagro de que *El Caballero de la Triste Figura*, siglos después, recorriese el frondoso mato goiano para librar, también, la *Revuelta del Formoso*.

No fue altivez intelectual, el propio campesino reconoció carecer de formación, aunque poseía la obra de Cervantes desde que, en 1942, la heredase de su abuelo. No fue un episodio de extravagancia insensata. No fue impostura o manierismo. No fue locura. Actitud tan quijotesca tiene una simple y maravillosa explicación: en el municipio de Uruaçu (área rural en la que nació Fernandes), una gran parte de la población nacida antes de 1950 conocía, perfectamente, la historia de *Don Quijote*. Se citaban en las plazas, allí se reunían. Si el contador

estaba alfabetizado, directamente leía *El Quijote* a los vecinos; por el contrario, si el contador no sabía leer, compartía lo que su memoria guardaba de las veces que, previamente, lo había escuchado. En cualquier caso, artesanos, campesinos, comerciantes, amas de casa, ancianos... todos, en círculo, oían con atención e interrumpían la narración, animosamente, con sus propios comentarios e impresiones, comparando las aventuras del hidalgo con las vivencias propias.

Tal vez Fernandes no aportó nada a la historiografía, pero lo que nos desvela su testimonio tiene un valor inconmensurable: una obra está viva cuando el lector es capaz de reescribirla; cuando vibra con tanta intensidad en el alma del lector que este pierde la noción de la realidad, de su realidad, hasta el punto de confundirla con la obra; cuando la obra que lee y la vida que vive se prestan milagros, acontecimientos, hitos; cuando el lector la aprieta en el puño o se la guarda en el bolsillo y la saca para explicarse a sí mismo o explicar el mundo... Del hecho de que *Don Quijote* aún siga andando cada día, deshaciendo agravios y enderezando entuertos, deja más constancia la mentira de Fernandes que todas las verdades de la teoría literaria, el impoluto orden de las bibliotecas o los rancieros y centenarios boatos de la España escasa y moribunda. —

2 Amado, J. *O grande Mentiroso: tradição, veracidade e imaginação em história oral*. História. São Paulo. 1995.

3 *Ibidem*.